

bre que mira y no ve, porque sus ojos se hallan sumidos dolorosamente en una contemplación interior. Analiza y no suele darnos la sensación de que lo hace. Suele tener razón y parece que no la tiene. La ideología abstracta, el placer metafísico de las ideas puras, el demonio interno del análisis llegan a sugerir la sensación de un mecanismo inteligente, pero mecanismo al fin. ... Creemos que Valéry no es el gran lírico de la actualidad, como dicen sus admiradores. Le faltan vuelo, emoción intensa, aplicación a los tópicos humanos. En cambio su prosa resplandece aquí con toda su nítida perfección, dando a veces la idea que se ha tallado en límpidos diamantes y en raras gemas que arrojan luces de fantasía sideral.

Es un Racine complicado que prolonga los análisis internos con deleite morboso.—*Ricardo A. Latham.*

## BIOGRAFIA

LA PSICOLOGÍA DE PI Y MARGALL, POR  
*Antonio Rovira y Virgili.*

Quien frecuenta el panorama intelectual de Cataluña tendrá que admirar el vigor de creación literaria de Antonio Rovira y Virgili, apedreado escritor de izquierda, ex-director de *La Publicitat* y actual redactor jefe de *La Revista de Catalunya*. En su acervo existen libros de política, historia y de simple recreación como su *Teatre de la Natura*, admirable interpretación de flora y fauna catalana a través de un temperamento nervioso y

observador. Su *Historia de Catalunya*, que llena hasta hoy cuatro nutridos volúmenes, lo coloca en buen sitio dentro de los cultivadores del género en su lengua, al lado de Valls y Taberner, de Ferrán Soldevila, de Nicolau d'Olwer, de Manuel de Montoliú y de Rubió y Lluch.

Ahora edita en un pequeño volumen su *Psicología de Pi y Margall* (1), que constituye un anticipo de una más extensa obra sobre el discutido y benemérito político, autor de *Las nacionalidades*.

Comienza por pintar, en líneas sentidas, el carácter de su maestro, cuyo amor a la verdad lo hacía decir: «No mintáis ni a Dios ni a los hombres.» Pi y Margall se da a conocer a la juventud catalana en las recias páginas de *El nuevo régimen*, diario avanzado que emocionaba con sus ecos libertarios a toda una generación hervorosa de nobles ideales. Rovira confiesa que nunca ejerció el colegio mayor influencia sobre él y que debió más al cálido acento de Pi que a todas las lecciones de sus maestros. Defiende—a continuación—a Pi y Margall de la acusación de frialdad lanzada en su contra. Expresa en su apología que en el carácter del prócer no hubo entusiasmos estériles, pero sí una gran voluntad y un firme acento de convicción. Estudioso, austero hasta rehusar un coche cuando fué presidente de la efímera república española, que voltearon los nuevos espadones del eterno ruedo ibérico, su silueta deja en el alma del discípulo una huella enérgica y decidora.

«Retenía las enemistades y los odios los conservaba perpetuamente.» Su

(1) Barcelona, 1929.

timidez y su voluntad—agrega—impedían extenderse al círculo de la vida social esos apasionamientos internos que conmovieron al férreo escritor político. Expresa Rovira que en Pi hay un alma de «conducción interior», esto es, usando un vocablo automovilístico. En Pi había que penetrar en su atmósfera íntima, en el calor de su afecto para derrocar su caparazón helada que le resta simpatías entre muchos.

Las izquierdas catalanas no se comprenden bien sin la actuación de Pi. Conocemos pocos espíritus más celosos de la dignidad intelectual, de ese acento burgués y sincero que caracterizó a los liberales de su cuño en el pasado siglo. Nunca afincaron en su alma la versatilidad y el oportunismo de los que violarían su herencia anímica. Lerroux, Romanones y otros liberales del presente son sus antítesis. Pi y Margall entraña un severo concepto de la vida, aconchado de pureza, vivo y fecundo, no obstante las ásperas disonancias y las antipatías que encendió. Por esto quizá se explica su antipatía a Castelar, maestro de la pirotecnia oratoria, millonario del vocablo y potentado de los lugares comunes. Castelar iba todo hacia afuera; constituía un ejercicio permanente de la retórica al servicio de ideales discutibles. Pi—en cambio—era un mecanismo lento, interior; rumia las ideas con calma y asimila con fervor las corrientes del pensamiento positivista del siglo XIX. En su diario *El Nuevo Régimen* dedica líneas glaciales y despectivas en su fondo seco a calificar al tribuno gaditano.

Rovira ha utilizado para descomponer el mecanismo interno de Pi sus

notas íntimas, donde resplandecen afecciones puras, un amor tierno a los hijos muertos y a sus familiares. A los 60 años consigna esta sentencia espartana:

Sólo hay dos amores verdaderos en este mundo: el de los padres a los hijos y el de los hijos a los padres.

Era pasional, pero nunca nervioso. Hablaba parcamente, con dignidad severa y recogida. Su voz era monótona y ceñida, su acción tan pobre que no movía las manos casi nunca. Su aspecto marmóreo, sus ojos pequeños con reflejos de acero, le imponían un marco antipático, que algunos identifican a la imagen de la glacialidad.

El interés del reciente trabajo de Rovira es rescatar al tiempo la imagen del gran catalán. Un rasgo espléndido de su carácter es que, debiendo a Estanislao Figueras su ascensión a la política, le hizo presente su incapacidad para ocupar la presidencia de la República.

La falta de vitalismo de Pi se demuestra por las páginas de su estudio sobre Don Juan Tenorio, donde orilla y hace esguinces a los tópicos sensuales. Observa Rovira que pocos escritores católicos quizá habrían dado notas de tan serena castidad con términos más velados y pulcros. Tal vez Pi tuvo un temperamento de fuego que se desfigura a través de un estilo frío y seco.

Es el enigma de su vida.

Se educó en un ambiente ortodoxo, pleno de catolicidad y de respeto a los valores tradicionales. A los siete años entra a los Escolapios y a los doce comienza el bachillerato. Sigue

después la carrera de leyes y a los veintitrés años abraza las ideas radicales. Fueron sus compañeros de infancia el padre de Apeles Mestres, Durán y Bas y Coll y Vehí. Rovira explica tal metamorfosis ideológica por un giro natural de su espíritu autodicdato, que hizo zozobrar su religión en las aguas del racionalismo imperante. Los filósofos alemanes lo adoctrinan y quizá le dan algo de su adustez. Como muestra primaria de su carácter se revela de una pieza en el ataque al derecho de indulto, que estima contrario a la justicia.

Rovira se detiene morosamente en la formación del maestro. Su calor lo conduce a exagerar un poco y encontrar fervor de alma en páginas que se conservan por su exactitud y sinceridad, antes que por el estilo tan censurado por Valera y Menéndez y Pelayo.

Terminados sus estudios se lanza a Madrid en diligencia y con cien pesetas en el bolsillo, como un personaje barojiano. Aún no maduraba su heterodoxia. En Madrid todavía escribía como un cristiano y dista mucho del futuro panteísta y hegeliano. Se trata de explicar Rovira el objeto de este viaje y no acierta a aclararlo. Parece que algo pudo influir la batalla interior entre el pasado religioso que expiraba y la naciente fe en los ideales avanzados.

La mejor parte del ensayo de Rovira tiende a divagar sobre el estilo de Pi y Margall. Comienza siendo ceñido y parco de expresión, cuando hace un esbozo de Barcelona para el libro *España pintoresca*. Con posterioridad su prosa se embadurna en el romanticismo ambiente, para reac-

cionar nuevamente al tono seco, apretado, nutrido de savia vital. La sangre se impone al verbo. Pi es un escritor catalán y sus martillazos hacen arrancar chispas del ambiente adormilado. No pudo ser de raíz castellana, porque su alma sintió—como pocas—la realidad del ambiente. Es un escritor biológico, de raíz terrígena, lejano del barroquismo imperante en Castilla y al cual no escapan hombres tan dotados de disciplinas clásicas como Valera y Menéndez y Pelayo.

En su obra *Las nacionalidades* se esmera la corrección de su pasada época españolista y romántica, por decirlo así. Su estilo asciende en expresión, sin embargo, hasta asumir un tono calcinado por fuegos internos, como en ciertos pasajes bíblicos. Pi y Margall tiene su belleza, amasada de raíces y de piedra. Belleza plena de ideas, nutrida con sangre catalana, hecha de fervor animoso, de coraje intelectual. Hemos leído páginas suyas que impresionan por lo asordnadas. Vibra, en ellas, el acento de los profetas y de los precursores. Eso es, en suma.

Su catalanidad se prueba por el tono austero que imprimió a su vida y obra, despreciando las pompas externas y el resplandor coruscante del verbalismo hispánico. Nunca sintió la ironía y pocas veces se enciende hasta lo sarcástico. Neto y pulcro fué su vestir, neto y pulcro fué su estilo.

Tal es la semblanza que ha trazado Rovira y Virgili en su reciente ensayo. Esperamos que de su próxima y más completa obra se difunda una luz definitiva sobre este espíritu tan vibrador e interesante, que supo ocul-

tar el fuego de su personalidad bajo aspectos secos y no siempre gratos al público fácil de contentar. Hay afirmaciones de Rovira discutibles, como un paralelismo que trata de establecer entre Ramón Lull (Raimundo Lulio) y Pi y Margall. Nunca el segundo se encendió en los fuegos divinizados del primero. Paralelo inaceptable entre el árbol frondoso del trescentista Lull y el espíritu seco, apodáctico y hegeliano de Pi y Margall. En la época actual—dentro de la intelectualidad burguesa—le hallamos un hermano espiritual en Benedetto Croce, ese espléndido luchador ideológico de Italia, que ha erguido su actitud nerviosa y vital frente al comunismo nivelador y al no menos estólido fascismo.—*Ricardo A. Latham.*

## POESIA

CÁNTICO, por *Jorge Guillén.*

Frente al nombre de este poeta hay que inscribir la fórmula breve y profunda que ha encendido en Europa tan apasionados y dramáticos comentarios: poesía pura.

Poeta puro por la elección de sus temas en los que hay un anhelo, casi siempre alcanzado, de huir la anecdota y el argumento para hundirse—minero silencioso—, en los cauces ocultos de la vida interior. Y a ese anhelo heroico del poeta el hallazgo de una forma simple, clara, armoniosa. El triunfo de la difícil sencillez en medio de un caos de abstracciones. Porque este poeta puro, que en admirable

verso castellano ha traducido a Valéry, no sabe ser ni vulgar ni caótico.

Tiene su reino en el mundo de las abstracciones pero en su canto el caos es sometido a ritmo y armonía.

No la toques ya más,  
que así es la rosa

escribía Juan Ramón Jiménez, pálido y enlutado hermano mayor de los poetas nuevos de España. (Anotemos, de paso, que los últimos poemas de Jiménez y la obra completa de Góngora iluminada por el resplandor del tercer centenario parecen ser la influencia más fina y benéfica que recibe la nueva poesía de España.)

Y Jorge Guillén, en poema que dedica al maestro de *Pastorales*, comenta:

Yo vi la rosa: clausura  
primera de la armonía,  
tranquilamente futura.  
Su perfección sin porfía  
serenaba al ruiñeñor,  
cruel en el esplendor  
espiral del gorgorito.  
Y al aire ciñó el espacio  
con plenitud de palacio,  
y fué ya imposible el grito.

Y a don Luis de Góngora que le presta estos dos versos llenos de sugerencia:

Otro instrumento es quien tira  
de los sentidos mejores,

dedica los muy hermosos de *El ruiñeñor*. Es un canto breve y admirable como el anterior:

El ruiñeñor, pavo real  
facilísimo del pío,  
envía su memorial  
sobre la curva del río,